

PRESENCIAS FANTASMALES EN CUENTOS DE MARIANA ENRÍQUEZ Y GABRIEL ROLÓN

RICARDO DANIEL ACOSTA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MISIONES, ARGENTINA

Recibido: 20/09/2020

Aceptado: 19/12/2020

*Los espectros que apenas respiran,
que sostienen los rosarios como si fuesen la última vena del cuerpo,
esos despojos entumecidos no pueden ver lo que pasa.*

AGUSTINA BAZTERRICA

RESUMEN

La literatura argentina del siglo XXI se presenta como un ambiente prolífico en lo que respecta a narraciones de terror y horror. La selección de cuentos de los libros *Los peligros de fumar en la cama* (2009) y *Terror* (2012) son ejemplos de ello, ya que entremezclan la sencillez, la inocencia y los temores más profundos sobre un espiral de hechos inexplicables. El siguiente trabajo fue elaborado a partir del análisis y la reflexión sobre “El desentierro de la angelita”, “Cuando hablábamos con los muertos” (de Mariana Enríquez) y “El cuarto escalón” (de Gabriel Rolón), en donde se brinda una importancia central a las figuras de espectros y fantasmas en un ambiente de cotidianeidad. Sin lugar a dudas, las apariciones juegan un papel importante dentro del imaginario colectivo y se cuelan en la narrativa de manera sutil y brutal a partir de un desequilibrio de las leyes de la razón.

PALABRAS CLAVE: literatura argentina, Mariana Enríquez, Gabriel Rolón, fantasmas, cotidianeidad.

ABSTRACT

Argentine literature of the 21st century is presented as a prolific environment in terms of tales of terror and horror. The selection of stories from the books *Los peligros de fumar en la cama* (2009) y *Terror* (2012) are examples of this as they mix simplicity, innocence and deepest fears in a spiral of inexplicable events. The following paper was elaborated from the analysis and reflection on “El desentierro de la angelita”, “Cuando hablábamos con los muertos” (by Mariana Enríquez) and “El cuarto escalón” (by Gabriel Rolón); where a central importance is given to the figures of ghosts and spectres in an everyday environment. Without a doubt, manifestations play an important role within the collective imagination and slip into the narrative in a subtle and brutal way from an imbalance of the laws of reason.

KEYWORDS: argentine literature, Mariana Enríquez, Gabriel Rolón, ghosts, everyday life.



LA NATURALEZA HORRORIZADA SE DESPOJA DE SU FIRMEZA

La creencia en fantasmas y espectros se remonta a tiempos antiguos y a la interpretación que el ser humano tiene sobre la muerte y el *más allá*. Al existir registros sobre el regreso de los muertos al mundo en casi todas las civilizaciones, el tema se transforma en parte importante del pensamiento colectivo. Sin lugar a dudas, la vida y la muerte se unen como dos caras de una misma moneda y generan todo tipo de reflexiones e ideas; en donde

las sombras nocturnas se vuelven misteriosamente significativas, denotando presencias no expuestas que alimentan la sugestión y agigantan la imaginación. El mismísimo recuerdo se ve alterado, y acontecimientos del pasado personal —mal definidos por la memoria— encuentran en aquel contexto nocturno un catalizador que los reinterpreta, entablando *ocultas relaciones*, antes no tenidas en cuenta. (Soto Roland, 1997, p.1)

En concordancia, debe considerarse la existencia de una teoría que distingue entre

“fantasma” y “espectro”. El primero “es la imaginación de insensatos furiosos o melancólicos que se persuaden de lo que no es”. El segundo, por el contrario, es una “verdadera imaginación de una sustancia sin cuerpo, que se presenta sensiblemente a los hombres en contra del orden de la naturaleza y les produce espanto. (Delumeau, 2012, p.80)

Los relatos presentados en este *dossier* cumplen la función de encauzar ciertas creencias supersticiosas y los temores con que se observan los avances del conocimiento. No es casualidad que tanto Mariana Enríquez como Gabriel Rolón formen parte de ámbitos profesionales afines al susodicho tema: ella es periodista, y él, psicólogo; con lo cual cada uno conoce el lado oscuro de la sociedad y de los individuos. Debido a esta cuestión, las experiencias retratadas en las páginas de las obras analizadas ofrecen una mirada sobre lo tangible y la vacilación insondable de lo inmaterial. Los muertos resucitados invierten roles sobre la situación espiritual y sobre la lógica de la humanidad mediante la seducción de la muerte y las condiciones funestas.

En líneas generales, la luz y la oscuridad componen un binomio en el que algunas figuras se reconocen de inmediato, y otras se ven borrosas, mientras que demandan una asimilación y análisis intelectual que componga el enigma central.

De cierta manera, estos cuentos recuperan la visión medieval de los hechos fantásticos, en donde el arte narrativo era tomado al pie de la letra como un pacto entre el autor y el lector (Vax, 1963). Las obras de Enríquez y Rolón dan lugar a distintas reacciones que permiten concertar una imagen vívida sobre los acontecimientos acaecidos en los mundos imaginarios.

Esta perspectiva de lo inexplicable genera una postura de respeto ante la finitud de la existencia y cristaliza todo tipo de reacciones presididas por el miedo. En correspondencia, la sociedad trae a los fallecidos a nuestro plano mediante visiones y relatos que recomponen la esencia de los mismos. Por ejemplo, en “El desentierro de la angelita”, la protagonista comenta que la difunta “era la hermana número diez u once, mi abuela no estaba demasiado segura, en aquel entonces no se les prestaba tanta atención a los chicos. Se había muerto a los pocos meses de nacida, entre fiebres y diarrea” (Enríquez, 2009, p.6).

La forma pacífica de regreso se contrapone a la partida violenta e inesperada de los entes en cuestión que, en la mayoría de los casos, no son capaces de descansar en paz a causa de la incompletud o de errores en los ritos fúnebres. La angelita fue despedida con una gran celebración y rezos, pero no fue suficiente: un entierro mal planificado fue la causa de su reaparición. Sus huesos fueron exhumados de manera equívoca y retornó al mundo de los vivos en forma de un espectro de apariencia putrefacta. Este funeral fue condicionado por el respeto hacia la pequeña y regido con el fin de que su alma no se extravíe durante su viaje al otro mundo; como si se tratase de una representación de los rituales arcaicos. La idea de respeto hacia los muertos, que conduce el proceso de morbilidad y fallecimiento, regula las prácticas que intentan disuadir al occiso de ocupar, por voluntad propia, un lugar impropio entre los vivos.

Además, muchas veces los fantasmas y espectros establecen vínculos indestructibles con ciertos espacios, que por lo regular solían ser sus habitaciones o algún recoveco apreciado en vida. Por esta razón, en Europa se apelaba a ciertas prácticas para que aquellos difuntos que no podían atravesar el limbo sigan sintiéndose cómodos. La familia disponía de alimentos en la mesa o mantenía luces encendidas al saber que sus antepasados volverían en algún momento (Lecoutex, 2005). La niña difunta (angelita) es uno de estos casos, pero los rituales no funcionan y se manifiesta sorpresivamente ante los ojos atónitos de la protagonista, quien recuerda que

La primera vez que apareció creí que soñaba y traté de despertarme de la pesadilla; cuando no pude y empecé a entender que era real grité y lloré y me tapé con las sábanas, los ojos cerrados fuerte y las manos tapando los oídos para no escucharla, porque en ese momento no sabía que era muda. Pero cuando salí de ahí abajo, unas cuantas horas después, la angelita seguía ahí con los restos de una manta vieja puesta sobre los hombros como un poncho. Señalaba con el dedo hacia fuera, hacia la ventana y la calle, y así me di cuenta de que era de día. Es raro ver un muerto de día. (Enríquez, 2009, p.7)

Al referirse a la rareza de ver un muerto en horas diurnas, se adscribe a la idea de que estos entes forman parte del universo nocturno: momento de debilidad de la comprensión, en donde los actos prohibidos

y los pensamientos malintencionados cobran fuerza. No es casual que la *insurrección fantasmal* (Soto Roland, 1997) se produzca a partir de ciertos rituales de medianoche.

Esta situación acarrea un sinfín de emociones relacionadas con el lado instintivo de los sujetos: tanto el pánico como la ansiedad muestran una suspensión de las leyes y normas humanas, que se traduce en un castigo divino (o profano). Rosemary Jackson (1986) sostiene, en este caso, que la oposición a lo aceptado se transforma en un escándalo hostil que posiciona a lo metafísico como nuevo gobernante de la realidad.

Generalmente, el escenario se conforma por personas y apariciones que pertenecen a un mundo discordante a los sistemas jerárquicos de control y genera sus propias reglas. Gabriel Rolón, en su cuento “El cuarto escalón”, retrata la transgresión bajo la figura de Esteban, un sujeto que vive rutinariamente pero que se comporta de manera cruel e inaudita con sus allegados. Un día que, para él, sería aburrido y común se convierte en una pesadilla al sufrir un accidente doméstico que le causa una paraplejía. A partir de ese momento, se verá obligado a pensar en cómo solicitar ayuda, mientras una inquietante sombra lo acosa y evidencia rencor hacia él.

La antes nombrada figura borrosa disloca el mundo real a partir de un pensamiento negativo sobre la otredad, en donde el ser y la nada se amalgaman y contradicen las posibilidades. Ocurre algo que no debería ocurrir y toma forma aquello que no debería existir. Al ser un imposible, se desdobra en una polisemia discursiva y relativiza los hechos de manera profunda, a la vez que difumina los límites entre la imaginación y la razón. Al sentirse amenazado, Esteban piensa:

«No puede ser» [...] «aquí no hay nadie. Me estoy volviendo loco». Sin embargo, contradiciendo a su razón, la voz volvió a sonar en su cabeza: «Qué bueno volver a hablar un rato con vos».

Una furtiva mirada al espejo le alcanzó para comprobar que seguía tan solo como antes. Aunque una idea lo sobresaltó. Desde chico había sido amante de los cuentos de vampiros y aparecidos, y había aprendido que los muertos no se reflejan en los espejos. ¿Un muerto? Eso no era posible. Lo sabía. Tenía que resistir el embate del delirio. Pero, como si pudiera leer su pensamiento, la voz reapareció. (Rolón, 2012, p.214)

La maldad se apodera de este espectro y permite una posterior nitidez del mismo. En líneas generales, la corporeización funciona como sinónimo de muerte al no poder descansar en paz, y porta un designio maligno en donde una verdad dolorosa se oculta. El alma en pena que tortura los pensamientos de Esteban se rebela como su padre, quien sufrió la indiferencia de su hijo en los últimos años de su vida. El testimonio del ser espiritual simboliza la falta de gratitud por parte de su descendiente: “el pasado no estaba verdaderamente muerto, y en cualquier momento podía hacer irrupción, amenazador, en el interior del presente” (Delumeau, 2012, p. 77).

En otro orden de cosas, los fenómenos nocturnos pueden ser reinterpretados, como ocurrió a partir de inicios del siglo pasado, en donde los fantasmas dejaron su apariencia gótica pálida y abrieron el juego a otras formas de construcción (Lovecraft, 2017). Se metamorfosearon en los miedos y traumas personales y sociales para dar lugar a una visión equivocada de la realidad. A partir de aquí, confiar en los sentidos se volvió un error fatídico, y las jovencitas de “Cuando hablábamos con los muertos” vivieron esto en carne propia. Para ellas, jugar con la tabla ouija era una práctica natural, hasta que las presencias que invocaron comenzaron a volverse agresivas gradualmente y tomar la forma de personas conocidas por las mismas.

No solamente las visitan los habitantes de un *mundo invisible*, sino que también ellas atraviesan el umbral de las catástrofes y sobrepasan todo tipo de límite entre el equilibrio y el caos. La armonía entre mundos es perturbada y deja entrever la maldad oculta en la inocencia. En pocas palabras, a medida que más se descubre, la curiosidad aumenta y se transforma en egoísmo y avaricia. Una de las adolescentes relata:

Empezamos con la copa en casa de la Polaca, encerradas en su pieza. Teníamos que hacerlo en secreto porque Mara, la hermana de la Polaca, le tenía miedo a los fantasmas y a los espíritus, le tenía miedo a todo, bah, era una pendeja estúpida. Y teníamos que hacerlo de día, por la hermana en cuestión y porque la Polaca tenía mucha familia, todos se acostaban temprano, y lo de la copa no le gustaba a ninguno porque eran recontra católicos, de ir a misa y rezar el rosario. La única con onda de esa familia era la Polaca, y ella había conseguido una tabla ouija tremenda, que venía como oferta especial con unos suplementos sobre magia, brujería y hechos inexplicables que

se llamaban *El mundo de lo oculto*, que se vendían en kioscos de revistas y se podían encuadernar. La ouija ya la habían regalado varias veces con los fascículos, pero siempre se agotaba antes de que cualquiera de nosotras pudiera juntar el dinero para comprarla. Hasta que la Polaca se tomó las cosas en serio, ahorró, y ahí estábamos con nuestra preciosa tabla, que tenía los números y las letras en gris, fondo rojo y unos dibujos muy satánicos y místicos todo alrededor del círculo central. (Enríquez, 2009, p.114)

Al vacilar entre lo bueno y lo malo, la postura neutral de las muchachas habilita esta invasión de los entes, quienes pergeñan todo tipo de bromas. Al considerar este tipo de prácticas, se despliega un abanico de imágenes e ideas absurdas, en donde Pinocha (que pertenece a este grupo de estudiantes) busca establecer contacto con sus padres desaparecidos durante la última dictadura cívico-militar argentina. Gracias a la falta de pruebas fehacientes del fallecimiento de sus progenitores, la insistencia por entablar una conversación con sus almas remite hacia un área de significación peligrosa e inexistente, en donde lo no corroborado es forzado a argüirse. El carácter proscrito se fortalece en tanto se tiene presente que:

La nigromancia es la convocatoria de los muertos y la conversación con ellos, como lo demuestra su etimología; porque deriva de la palabra griega *nekros*, que significa cadáver y *manteia*, que quiere decir hechizo sobre la sangre de un hombre o de un animal, sabiendo que el demonio se deleita en tal pecado y adora la sangre y su derramamiento. (Kramer y Sprenger, 1975, p.104)

En concreto, estos tres cuentos representan la relación cultural que se tiene con los difuntos: “Cuando hablábamos con los muertos” y “El desentierro de la angelita” aluden al patrón de fantasmas como elementos que forman parte de un contexto espacio-temporal específico; mientras que “El cuarto escalón” traduce los comportamientos complejos de una sociedad en donde los exánimes son sinónimo de angustia y mala fortuna. Por esta razón es que se suscitan comportamientos que funcionan como puentes con el mundo mortal, o amuletos en contra de estas presencias.

En paralelo, la vida entre las obligaciones laborales y hogareñas muchas veces mantiene su curso, como lo ocurrido con la compañera de la angelita, quien manifiesta que

Poco después saqué a la angelita a la calle. Nada. Salvo ese señor que la miró de pasada y después se dio vuelta y la volvió a mirar y se le descompuso la cara, le debe haber bajado la presión; o la señora que directamente salió corriendo y casi la atropella el 45 en la calle Chacabuco. Alguna gente tenía que verla, eso me lo imaginaba, seguramente no mucha. Para evitarles el mal momento, cuando salíamos juntas —mejor dicho, cuando ella me seguía y a mí no me quedaba otra que dejarme acompañar— lo hacía con una especie de mochila para cargarla (es feo verla caminar, es tan chiquita, es antinatural). (Enríquez, 2009, p.8)

En cambio, las jugadoras de la ouija cambian su rutina al ámbito nocturno y se adentran en el mundo del espiritismo, que forma parte de las ciencias ocultas, fruto de las artes orientales y occidentales. Cierta día, por curiosidad, deciden ingresar en este peligroso terreno, y lo recapitulan así:

Al principio, en nuestros primeros juegos con la tabla, siempre le preguntábamos al espíritu que venía si alguien molestaba. Pero después dejamos de hacerlo porque a los espíritus les encantaba molestar con eso, y jugaban con nosotras, primero decían Nadia, después decían no, con Nadia está todo bien, la que molesta es Julita, y así nos podían tener toda la noche poniendo y sacando el dedo de la copa [...] (Enríquez, 2009, p.119-120).

A la inversa, Esteban pierde la noción del tiempo y se angustia con las palabras que su padre tiene para decirle; esta vez, sobre algunas tradiciones:

Todo muerto elige un gato, lo visita y lo acaricia. Es para no sentirnos solos, ¿sabés? En cambio, los perros... La creencia popular es que, en las noches, ladran a la luna o que aúllan de miedo en los velorios o en los cementerios. Mentira. Nos ladran a nosotros, y sus aullidos son de miedo, sino de furia. Odian nuestra presencia, nuestro olor. ¿No viste cómo se me abalanzó ni bien me acerqué a vos? (Rolón, 2012, pp.214- 215)

En los tres casos se hace referencia a la relación del individuo con el mundo y cómo ese mundo lo estructura. Ubica en primer plano la conciencia sobre lo que se percibe y cómo se interpreta, a la vez que muestra el colapso de este pensamiento al irrumpir lo diferente. Mientras tanto, también se habla sobre el dinamismo en los vínculos con lo otro, lo prohibido. Las perversiones dan paso al tema de la muerte como nueva realidad, en donde las acciones relativizan lo aprendido en comunidad.

NO ESCAPARÁS DE SU INFLUENCIA...

En esta instancia se especula con lo *siniestro*, al cual se le da un espacio ante la pérdida de fe en las divinidades: Enríquez y Rolón lo refuerzan al proporcionar el papel protagónico a personas que no se consideran *creyentes*, sino prácticas. Cada una de ellas trata de dar una respuesta razonable a lo que están viviendo sin la necesidad de recurrir a ningún tipo de oración o frase protectora. De manera inconsciente, además, proyectan sus deseos y miedos: la angelita despierta el espíritu materno de quien comparte un hogar con ella, las chicas que invocan espíritus lo hacen para divertirse o iniciar una conversación con sus seres queridos, y Esteban ve materializarse sus pesadillas en el alma de su padre (figura de autoridad). Resumidamente, no se introducen novedades en las vidas de los protagonistas, sino que se descubre lo oculto dentro de ellas.

Al hablar de lo oculto dentro de lo habitual, las apariciones buscan transgredir los límites que separan al *yo* de los *otros*. Los humanos desatan su animalidad y lo orgánico se funde con lo inorgánico. El desorden impulsivo y provocador se encuentra a la orden del día. Los tabúes se dejan de lado y aparece en escena lo sacrílego: ninguno de los espíritus se encuentra en donde pertenece y todo un universo de simbologías se resquebraja.

Al referirse a los símbolos, algunos de ellos son recuperados del cristianismo medieval, en donde se exaltaba la imagen del más allá como apéndice infernal. Por esta razón surgió el Purgatorio, en donde las almas debían purificarse de los pecados para poder acceder al cielo (Delumeau, 2012). La angelita no pudo acceder a la bienaventuranza por una equivocación pese a que, en su funeral, “la sentaron sobre una mesa adornada con flores, envuelta en un trapo rosa, apoyada en un almohadón [...] [y] le hicieron alitas de cartón para que subiera al cielo más rápido” (Enríquez, 2009, p.6). Nada de esto fue útil en cuanto reapareció y en su

figura se veían “colgando de los restos amarillentos de lo que ahora era la mortaja rosa, dos rudimentarias alitas de cartón con plumas de gallina pegoteadas” (Enríquez, 2009, p.6). No hubo posibilidad de contenerla en la *geografía de la ultratumba*: el desentierro de sus huesos provocó que la criatura mantenga el cuerpo y la sustancia unidos, cuya proyección inmediata se asemeja a la forma que tenía en vida.

“El cuarto escalón” también destruye la simbología, pero a consecuencia de la demonización de las relaciones parentales y el respeto hacia la tercera edad. El protagonista toma una postura de silenciosa complicidad con un sistema en el que los adultos mayores son vistos como simple material descartable, y esa es la clave que detona el conflicto con el alma en pena de Augusto, su progenitor. La escena se vuelve triste en cuanto el espectro se abre paso ante un soliloquio, en el que recuerda sus vicisitudes como padre soltero, la infancia feliz de su hijo y el posterior abandono que sufrió al ser colocado en una institución geriátrica. En el conmovedor relato, el espíritu no puede contenerse y recapitula lo siguiente:

—Cuando el cuerpo dice basta, cuando parece que uno ha dejado de sufrir, es cuando empieza el verdadero dolor. Sentís que una fuerza intenta desprenderte de tu cuerpo y vos, en vano, intentás aferrarte. Pero esa fuerza es demasiado grande, y te despega haciéndote hilachas, sin sangre, sin rastros visibles, sin que nadie se dé cuenta de lo que estás sufriendo. Y sólo una cosa puede aliviarte un poco.

La voz se detuvo como si estuviera considerando lo que iba a decir.

—Que alguien te dé la mano o te acaricie, o simplemente lllore a tu lado. ¿Y sabés qué? Nadie hizo eso por mí. Por eso morir me dolió tanto. (Rolón, 2012, p.217)

En cuanto a “Cuando hablábamos con los muertos”, lo sagrado pierde sus cualidades como resultado de la falta de un sepulcro para los cuerpos de los secuestrados por el régimen militar argentino de mediados de los años 70. No cabe duda que la verdad más dolorosa para quienes fueron los familiares de estas personas es poner en tela de juicio el paradero de los restos de los mismos, con lo cual, “ante esta situación histórica que aún hoy en día busca restablecer la identidad y la memoria de las víctimas de un proceso político de erradicación masiva, se opone un presente marcado por

esa herida [...] que permanece abierta” (Leandro- Hernández, 2018, p.147). La adolescente que narra los hechos da cuenta que

El muerto con el que hablamos se llamaba Andrés, y nos dijo que no se lo habían llevado ni había desaparecido: él mismo se había escapado a México, y ahí se murió después, en un accidente de coche, nada que ver. Bueno, este Andrés tenía rebuena onda, y le preguntamos por qué todos los muertos se iban cuando les preguntamos dónde estaban sus cuerpos. Nos dijo que algunos se iban porque no sabían dónde estaban, entonces se ponían nerviosos, incómodos. (Enríquez, 2009, p.119)

Los difuntos por los que pregunta Pinocha son la respuesta a una sacralidad social. No solamente se refieren a los secuestros y asesinatos de los miembros de una familia, sino también a los de una colectividad atravesada por distintas tradiciones y posturas ante la realidad. Los fantasmas a los que se pretende invocar son la representación de la historia, de la memoria colectiva argentina. Los relatos de desapariciones civiles sugieren abusos y muertes violentas que socaban la integridad de toda una sociedad, y aluden a una búsqueda de justicia y la construcción de un futuro a partir de lo que aún no se ha dicho ni corroborado. En concordancia, no cabe duda que “Mariana Enríquez mediante el uso de estos referentes, determinados por su carga política histórica, da cabida a la representación de esas violencias de Estado, al mismo tiempo que “[...] problematiza en torno a cómo a esos sujetos perdidos en una tierra de sepulturas anónima se les arrebató no solo la vida sino también su particularidad, su relato, su identidad” (Bustamante Escalona, 2019, p.41).

La presencia/ausencia de lo que ya no existe permite la dislocación de la percepción de los sujetos y de la realidad que lo circunda: es indispensable recibir una señal para lograr concluir el duelo, superar el dolor y seguir adelante.

Este tipo de circunspecciones configuran una serie de preguntas y exponen determinados enigmas a los que los protagonistas están obligados a enfrentar. Dichas incógnitas se encuentran envueltas en una complejidad discursiva que ahonda en situaciones aún más reservadas. Un pasado desgarrador y oculto o un enigma fragmentado se relaciona con los acontecimientos y supone una búsqueda, guarda relación con los hechos y supone una búsqueda interpretativa sobre la narración. Desde el comienzo,

estos relatos se conciertan de vicisitudes ininteligibles pero explicables según las reglas de esos mundos literarios.

Si bien es posible explicar los fenómenos de aparición de los espíritus de manera simple, esta probabilidad se diluye a medida que el cuento llega a su clímax: para los aparecidos, la lógica de su advenimiento es aceptable en su contexto, pero para la humanidad es algo abominable y difícil de vislumbrar. La vacilación entre lo comprensible y lo ignorado es una pieza clave en el desarrollo de los episodios en base al equilibrio entre espacios vacíos y la información detallada sobre hechos puntuales. Por ejemplo, la angelita no comunica lo deseado de manera explícita, sino que, tácitamente, su conducta lo hace: persigue a la protagonista permanentemente y no respeta espacios personales o íntimos, incluso se acerca a las amistades y vecinos de la misma.

Al bordear las fronteras entre lo real y lo desconocido, se tornan difíciles de analizar con las herramientas de conocimiento tradicionales. La recombinación e inversión de elementos plantean una antonimia simbiótica, en donde la anormalidad es incapaz de sobrevivir sin la presencia de la realidad. En pocas palabras, la relación con ella es parasitaria, contradictoria y evidencia la finitud de lo extraño y de lo normal.

LOS SENTIDOS Y LA LÓGICA SE ADORMECEN

Existe una retroalimentación continua en la figura de los muertos que reaparecen: belleza y fealdad se apropian de los nuevos hallazgos para pulirse y evolucionar. Toman conceptos, clasificaciones e ideales como precedentes o como consiguientes.

Al encontrarse involucrada la sociedad, las ideas de deleite y de conocimiento forman parte de esta tendencia, al igual que la noción de libertad (regulada por los campos de poder). El entendimiento y la razón trabajan en conjunto para coordinar las sensaciones de placer y desagrado, que son facultades particulares contenidas dentro de un complejo colectivo. Entender y conocer depende de la exposición de los objetos de manera coherente para poder ser conceptualizados. La naturaleza, al presentarse ordenada, estimula el sentimiento de placer y favorece la interpretación: requisito primordial para obtener y mantener el dominio sobre el entorno cercano y la periferia.

El placer, al ser subjetivo, nace a partir de la satisfacción que provoca algo que cumple con la representación esperable, armónica y remitente a lo cotidiano. Durante ese proceso la imaginación también desempeña un papel importante al presentarse la necesidad de recomponer los elementos dispuestos ante los sentidos. Siempre que lo heterogéneo y contradictorio mantenga cierta identidad, como la *parte de un todo*, habrá belleza: las proporciones, las formas y las figuras son producto de una corrección previa.

La capacidad (y posibilidad) de juzgar lo satisfactorio se denomina *gusto*, que muchas veces trae consigo la concepción de lo social y de lo moralmente aceptable. Por lo tanto, es inevitable especular sobre la presencia de lo inmoral, de lo profano, de lo feo. Mediante esta línea alterna, la fealdad es tomada como un concepto relativo imposible de separar de la belleza. Al ser una idea secundaria y opuesta a lo admisible, basta con aparecer bajo la forma de exceso o defecto en pequeñas o en grandes cantidades.

Lo antinatural y excesivo se distingue en la angelita, que “está a medio pudrir y no habla” (Enríquez, 2009, p.7). Las evidencias visuales la transforman en un asunto de análisis, al igual que su extraño comportamiento. Las particularidades de su aspecto metafísico se condicen con su falta de voz y compensan su expresividad con la emisión de sonidos y llantos a cualquier hora del día. Los rumores que produce son un indicio de la irrupción de lo inoportuno, de lo desarraigado dentro de un mundo rutinario y apresado por las actividades hogareñas y laborales.

Los lamentos oídos son una forma de corporizar los rumores del pasado, en los que el sufrimiento y la violencia son el hilo conductor de estas apariciones. El bullicio posee una significación social muy importante y el conflicto se inicia cuando el protagonista se enfrenta al objeto del mismo y aflora las anomalías de pensamiento e instintivas.

En la mayoría de los casos, el espectro o fantasma solo posee materialidad en la voz y la interpretación que el oyente le da a ese aparente mensaje. El relato se impregna de herramientas de la oralidad que inducen al interés tanto en los personajes como en los lectores.

Los sentidos juegan un papel sumamente importante, no solamente en la percepción de los hechos sobrenaturales, sino también en la correlación entre distintos elementos que componen los relatos sobre el pasado y la memoria de los muertos. Por ejemplo, en “Cuando hablábamos con los muertos”, la narradora asevera que:

En un libro sobre el método de la tabla habíamos leído que ayudaba concentrarse en un muerto conocido, recordar su olor, su ropa, sus gestos, el color de su pelo, hacer una imagen mental, entonces era más fácil que el muerto de verdad viniera. Porque a veces venían muchos espíritus falsos que mentían y te quemaban la cabeza. Era difícil distinguir. (Enríquez, 2009, p.117)

Esta cuestión alude a las palabras de Kramer y Sprenger (1975), quienes afirmaban que existen casos en donde los demonios se presentan bajo el aspecto de los muertos para brindar respuestas erróneas y desconcertantes.

Los espíritus se vuelven existentes a partir de su corporeización; es decir, que dejan de formar parte de la nada. Su relevancia depende de la permanencia en este mundo y de la importancia que alguien le asigna, de ser percibido. Tal vez esta es la causa principal por la cual se *disfrazan* de aquello que se anhela ver.

En resumen, no hay nada que pueda (ni deba) intercambiarse entre los vivos y los muertos ya que “hasta el fin de los tiempos, millones de cadáveres [...] clavaran la mirada en la oscuridad con sus ojos vítreos, esperando asombrosas e inenaburables apariciones” (Lovecraft, 2017, p.79), traducido en desgracias. La ruptura del equilibrio entre planos es el resultado de las acciones humanas que, consciente o inconscientemente, desordenan la natural y lo sobrenatural.

Las voces presentes portan un secreto misterioso que puede ser revelado u ocultarse de manera más profunda. Por eso, los casos se narran en primera o segunda persona y se acercan al formato de leyenda urbana, en donde los sucesos se impregnan de verosimilitud y buscan que el oyente o lector sea capaz de reflexionar sobre las lecciones impartidas.

Puede decirse que, a grandes rasgos, la idea principal en estos tres cuentos ronda en la importancia de la historia familiar y cómo esta irrumpe en la rutina. Quien decide evadir el pasado, o reencontrarse con él, experimenta cambios insospechados a nivel personal y social. Aquí trabajan en conjunto la prudencia y la insensatez, que entremezclan los deseos y temores más oscuros, motor de una habitualidad que se transforma en anécdota.

Como tal, el asunto más importante es el de comprender que vivir demanda deslizarse entre la existencia y la agonía. Por ello:

—Cuando el cuerpo dice basta, cuando parece que uno ha dejado de sufrir, es cuando empieza el verdadero dolor. Sentís que una fuerza intenta desprenderte de tu cuerpo y vos, en vano, intentás aferrarte. Pero esa fuerza es demasiado grande, y te despega haciéndote hilachas, sin sangre, sin rastros visibles, sin que nadie se dé cuenta de lo que estás sufriendo. (Rolón, 2012, p.217)

Sin lugar a dudas, en este sentido, la manifestación verbal o sonora de una fantasma requiere de una traducción, un registro de la vacuidad, en cuyo caso paraliza la sociedad mediante las huellas y efectos de lo que ocurre. Dicho con otras palabras, esta parálisis invita a desaprender lo sabido para aprender sobre aquello que aún no se imaginó: la nueva experiencia modifica la autopercepción y la realidad contingente.

La pluralidad de análisis ante lo visto borra las fronteras internas y externas del mundo personal y facilita al lector acceder a las secuelas emocionales y psicológicas que experimenta el protagonista. En “El cuarto escalón”, “Esteban se estremeció. Si lo que decía su padre era cierto, eso significaba que se iba a morir, pensó aterrorizado” (Rolón, 2012, p.218); mientras que en “Cuando hablábamos con los muertos” “La Pinocha quedó mal y los padres [...] acusaban [del hecho a sus amigas] y decían que le [...] [habían] hecho una broma pesada, que la había dejado medio loca” (Enríquez, 2009, 122). Además, en “El desentierro de la angelita”, la resignación ocupa cada rincón del ser de la protagonista, que dice:

En tantos años tendría que haber desaparecido, pensé, y después me reí un poco histérica y me dije que tenía un bebé muerto en la cocina, que era mi tía abuela y que caminaba, aunque por el tamaño debía haber vivido apenas unos tres meses. Tenía que dejar definitivamente de pensar en términos de qué era posible y qué no. (Enríquez, 2009, p.8)

En resumidas cuentas, toda sociedad tiene sus fantasmas y entes malditos, resultado de las personas excluidas por la sociedad o recordadas con dolor. Ellos no descansan y retornan en los sueños y la vida colectiva e individual para señalar con vehemencia la falta de justicia y un duelo no consumado. En igualdad de condiciones, regresan para vengarse de quienes no cumplieron con las obligaciones para con ellos en vida, excluyéndolos.

En definitiva, los espíritus son la representación de las deudas simbólicas de quienes son torturados por su presencia. De cierta manera, retoman las antiguas tradiciones latinoamericanas sobre *aparecidos* que buscan resolver una incógnita pendiente sobre su pasado en la tierra, fuertemente ligadas a las prácticas y al pensamiento colectivo: nótese cómo el ritual de enterramiento de la angelita (y el cumplimiento de una vieja creencia en la reaparición de los espíritus al extraer los huesos de las tumbas), la búsqueda por conocer el paradero de los cuerpos de los desaparecidos en “Cuando hablábamos con los muertos” al existir una deuda con la sociedad y con la historia familiar, o la ruptura del vínculo entre padre e hijo (en un contexto en donde el amor a la familia es el epicentro de las bases en nuestra cultura) dan lugar a una reconfiguración en la realidad adyacente que traen consigo una serie de misterios que, como lectores, debemos resolver con herramientas que escapan a la lógica y que nos desafían e interpelan.

REFERENCIAS

- Bustamante Escalona, F. (2019).** Cuerpos que aparecen, “cuerpos-escrache”: de la posmemoria al trauma y el horror en relatos de Mariana Enríquez. *Taller de Letras* (64), 31-45.
- Davis, C. (2007).** *Haunted Subjects: Deconstruction, Psychoanalysis and the Return of the Dead*. Reino Unido: Palgrave Macmillan.
- Delumeau, J. (1989).** *El miedo en occidente*. Madrid: Taurus.
- Derrida, J. (1995 [1993]).** *Espectros de Marx. El Estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional*. Traducción de José Miguel Alarcón y Cristina de Peretti. Valladolid, España: Editorial Trotta.
- Enríquez, M. (2017).** Cuando hablábamos con los muertos. En *Los peligros de fumar en la cama*, (pp.113-122). Barcelona: Editorial Anagrama.
- Enríquez, M. (2017).** El desentierro de la angelita. En *Los peligros de fumar en la cama*, (pp.4-10). Barcelona: Editorial Anagrama.
- Foucault, M. (2000 [1974-1975]).** *Los anormales*. Buenos Aires: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Jackson, R. (1986 [1981]).** *Fantasy: literatura y subversión*. Buenos Aires, Argentina: Catálogos Editora.
- Kappler, C. (2004).** *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*. Madrid, España: Ediciones Akal.

- Kramer, H. y Sprenger, J. (1975 [1486]).** *Malleus Maleficarum*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Orión.
- Leandro-Hernández, L. (2018).** Escribir la realidad a través de la ficción: el papel del fantasma en «Cuando hablábamos con los muertos», de Mariana Enríquez. *BRUMAL*, 6 (2), 145- 164.
- Lovecraft, H. P. (2017).** El terror en la literatura. Barcelona, España: Planeta.
- Martínez, J. (2007).** La mirada del fantasma isotopía visual y literatura fantástica. En *Rumbos de lo fantástico. Actualidad e historia*, (pp.179-197). Madrid, España: Editorial Tercera Fundación.
- Roas, D. (2011).** *Tras los límites de lo real, Una definición de lo fantástico*. Madrid, España: Editorial Páginas de Espuma.
- Rolón, G. (2012).** El cuarto escalón. En G. Martínez, *Terror - Antología*, (pp.195-220). Buenos Aires, Argentina: Grupo Editorial Planeta.
- Rosenkranz, K. (1992 [1853]).** *Estética de lo feo*. Sevilla: Julio Ollero Editor.
- Soto Roland, F. (1997).** *Visitantes de la noche: Aproximación al devenir histórico de los fantasmas en el imaginario de la Cultura Occidental*. https://issuu.com/fernandojorgesotoroland/docs/visitantes_de_la_noche__libro_
- Torquemada, A. de (1982 [1570]).** El tercero, de fantasmas, visiones, trasgos, encantadores, hechiceros, brujas, saludadores, con algunos cuentos de cosas acaescidas y otras curiosas y apacibles. En *Jardín de flores curiosas*, (pp.703-743). Buenos Aires, Argentina: Castalia.
- Vax, L. (1963).** *Arte y Literatura Fantástica*. Buenos Aires: Eudeba.